

## ¿Opinión o ciencia? O ¿ciencia y opinión?

Armando Mera Rodas<sup>1</sup>

### INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

#### *Historia del artículo:*

Recepción: 30 de junio, 2017

Aceptación: 10 de julio, 2017

#### *Palabras claves:*

Gnoseología  
Ciencia  
Opinión  
Persona.

### RESUMEN

El presente ensayo tiene como propósito analizar las concepciones de ciencia y opinión que se tienen comúnmente, diferenciándolos a partir de sustentos gnoseológicos desde una filosofía realista, de tal manera que la concepción de ciencia se encuentre al servicio de la persona y su desarrollo integral.

### Opinion or science? Or science and opinion?

#### ABSTRACT

#### *Keywords:*

Gnoseology  
Science  
Opinion  
Person.

The purpose of this essay is to analyze the conceptions of science and opinion that are commonly held, differentiating them from gnoseological sustenance from a realistic philosophy, in such a way that the conception of science is at the service of the person and its integral development.

### Introducción

Bertrand Russell, filósofo contemporáneo (1998), cuando hace referencia al valor de la filosofía nos dice que el hombre que no tiene ningún barniz de filosofía va por la vida prisionero de los prejuicios que derivan del sentido común de las creencias habituales en su tiempo y en su país, y de las que se han desarrollado en su espíritu sin

la cooperación ni el consentimiento deliberado de su razón.

Aplicado esto a lo que viene ocurriendo hoy en muchos campos del actuar humano, podemos decir que el hombre que no tiene un ápice de ciencia, que va por la vida prisionero de muchas opiniones, errores, teorías, prejuicios y costumbres que se van acentuando y posesionando en nuestras mentes debido a la influencia de algunos medios de comunicación

<sup>1</sup> Licenciado en Educación. Licenciado en Filosofía. Maestro en Filosofía y Doctor en Bienestar Social y Desarrollo Local. Docente de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: amera@usat.edu.pe ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8116-2532>

hablado y escrito, no siempre se mueve ni se maneja en el campo científico debido a la falta de criterio personal para distinguir entre uno y otro; hoy pareciera que todo se reduce a opinión. Pero lo más peligroso aún es que lo opinable se toma por cierto y lo cierto por opinable. De ahí los eslóganes que nos venden: “¡Tu opinión importa!”.

Para hacer inteligible este panorama desolador y evitar atentados contra la verdad y la ciencia, y para no ir por la vida opinando de las verdades científicas o haciendo ciencia de la opinión, haremos unas precisiones importantes.

### Precisiones conceptuales y actitudinales

En primer lugar, siguiendo los aportes de Llano (2003), voy a argumentar la siguiente tesis: El hombre ante la realidad puede asumir diversas actitudes o estados. El hombre puede hallarse en la verdad, entendida esta como la adecuación del intelecto con lo que la realidad es. Puede tratarse de verdades de hechos, verdades de experiencia y verdades científicas.

Pero también el hombre puede encontrarse en el error, el cual consiste en afirmar lo falso como verdadero. Si la verdad consiste en la adecuación del entendimiento con la realidad, la falsead es justamente la inadecuación. Así, por ejemplo, afirmamos falsamente que el sol sale por el este y se oculta por el oeste, cuando en verdad el sol no sale ni se oculta porque es una estrella fija. Más bien, es la Tierra la que gira alrededor del sol. Así nos lo enseña la ciencia desde el Renacimiento. Lo falso se da solo en la mente; por ello, según Tomás de Aquino, la falsedad es una operación defectuosa del entendimiento, es una operación imperfecta de nuestra naturaleza. En consecuencia, el error ocurre muchas veces por un razonamiento incorrecto.

Otra actitud del hombre ante la realidad puede ser que se halle en la mentira; esta es un acto consciente y libre que realiza el ser humano para encubrir la verdad, para manipular a los demás. Bajo el manto de la mentira o el engaño caen las siguientes actitudes humanas: falso testimonio, engaño, hipocresía, exageración, calumnias, deshonestidad, fingimiento,

incumplimiento, fraudes, falsificación, excusas, doble vida, pecado encubierto, disimulos, etc.

Nada destruye más de prisa el espíritu de las personas que las mentiras. Por principio, casi todos condenamos la mentira, pero todavía somos demasiados los que creemos tontamente que nos beneficiamos de ella según las ocasiones. Aristóteles, ya desde el siglo IV a. C., nos advertía: «El castigo del mentiroso es no ser creído, aun cuando diga la verdad». Séneca, por su parte, afirmaba: «No se puede ser feliz si se es expulsado fuera de los límites de la verdad»; entre tanto, San Agustín proclamaba: «A los hombres no se nos dio el habla para que nos engañemos mutuamente, sino para que compartamos la verdad unos a otros».

Una cuarta actitud que experimenta el hombre ante la realidad es la opinión. El asentimiento que se hace en la opinión no es firme como ocurre en la ciencia. He aquí que un mismo sujeto no pueda tener a la vez –y según el mismo aspecto– ciencia (conocimiento cierto y firme) y opinión (saber imperfecto y oscilante). No podemos confundir la opinión con la certeza. Tan injustificado es tener lo cierto por opinable como lo opinable por cierto. Tener criterio es, en buena parte, saber discernir las distintas situaciones en las que se encuentra la mente en cada momento. A pesar de ello, hoy viene imperando en muchos ámbitos del saber la cultura de la opinión. Se pretende convertir todo en opinable.

Con mucha frecuencia hoy te preguntan no cuál es la verdad sobre algo, sino por tu opinión sobre algo. Así, por ejemplo, se oyen preguntas como: ¿Qué opinas del aborto?, ¿qué opinas de la homosexualidad?, ¿qué opinas de las uniones civiles?, ¿qué opinas de la religión?, ¿qué opinas del amor?, ¿qué opinas del matrimonio?, ¿qué opinas de la felicidad?, etc. Pero no se nos pregunta, por ejemplo, cuál es la verdad acerca del aborto, la verdad acerca de la homosexualidad, la verdad acerca de la familia, acerca del matrimonio, acerca de las uniones civiles, acerca de la felicidad, etc. Así pues, no solo en el nivel de preguntas se nos instala en el plano de la opinión, sino, también, es en las respuestas donde se nos localiza en este plano cuando se nos exige respetar las opiniones

de los demás, o cuando respondemos: «Yo pienso que..., en mi opinión..., a mí me parece..., desde mi punto de vista..., para mí..., etc.». Es indudable que hay muchas cosas sobre las que se pueden opinar. Pero no todo es opinable. Las verdades de las ciencias no pasan por la opinión. Sin embargo, en la praxis pareciera dar lo mismo preguntar qué es la política o qué opinas de la política. Ojalá nos acostumbremos siempre a preguntarle a la ciencia.

Un quinto estado en el que el hombre se puede encontrar respecto a la verdad lo constituye la duda, donde el intelecto fluctúa entre la afirmación y la negación de una determinada proposición, sin inclinarse más a un extremo de la alternativa que al otro. Solo en este aspecto lo recomendable es salir de ella investigando; mientras tanto permanecer sin emitir juicio es recomendable o a lo sumo emitir una opinión.

Finalmente, también el hombre puede encontrarse en la fe, la cual es un asentimiento firme a eso que se cree. En el caso de la fe, la voluntad mueve al entendimiento a asentir con certeza, sin miedo a que sea verdad la opinión contraria, basándose en el testimonio y la autoridad de otro.

No hay que confundir la fe con la simple creencia. Se dice por ejemplo: «Creo que Marta ha salido, pero no estoy seguro», donde creo equivale a 'opino' o 'me parece'. En la fe no hay –como ocurre en la opinión– temor a equivocarse. Por lo tanto, desde el punto de vista de su firmeza, la fe es un tipo de certeza. La certeza, en efecto, puede ser certeza de evidencia –fundada en la manifestación objetiva de la verdad– y certeza de fe –que se basa en autoridad del testigo–, manifestada por la evidencia de su credibilidad.

Creer en algo es siempre también creer a alguien. Advirtamos qué gran número de verdades naturales admitimos con base en el testimonio de otros: Creer que nuestros hijos son verdaderamente nuestros hijos, que no necesitamos del ADN para estar seguros, creer que la leche que compramos cada día proviene de una vaca sana y no enferma, etc.

Aquí distinguimos también la FE sobrenatural por la cual se cree en la misma verdad primera, que es infalible y, por tanto, es más firme

que la luz del entendimiento humano. De ahí que la FE tenga mayor certeza –en cuanto a la firmeza de adhesión– que la certeza de la ciencia o de los primeros principios, aunque sea menor la evidencia.

## Ciencia, ciencias y verdad

Hemos venido argumentado que sobre un mismo hecho, el hombre no siempre está en posesión de la verdad, esto es, puede instalarse en la duda, en la opinión, en el error, en la fe, o en la mentira. Tener buen criterio para discernir entre un estado y otro constituye una tarea impostergable.

Una segunda tesis o afirmación en la argumentación que venimos realizando va en la siguiente línea: Erróneamente se asume que unas ciencias son más científicas que otras y que, con el auge de las ciencias naturales, la matematización moderna y el positivismo contemporáneo, a muchas de las ciencias humanas ya ni siquiera se les considera ciencias.

Para mostrar la insuficiencia de estas afirmaciones vamos a discurrir en las siguientes argumentaciones. Aristóteles, filósofo griego, padre de la filosofía y gran impulsor del saber científico, luego de clasificar las ciencias en teóricas y prácticas, refiriéndose al grado de científicidad de estas, concluía: «No debemos buscar el mismo grado de certeza en todas las cosas... Tan absurdo sería, por ejemplo, pedirle al político que en sus discursos procediera a golpe de demostraciones matemáticas, que el geómetra usara la persecución en su argumentación... La índole de certeza que se puede esperar depende de la materia que se estudia. Y así: en materias contingentes basta la certeza de que algo es verdadero en la mayoría de los casos, aunque falle en unos pocos» (Ética a Nicómaco I, 1094b13).

Con esta afirmación el estagirita nos advierte que cuando hablamos de ciencia de modo general nos referimos a un concepto abstracto y abarcador porque en la realidad lo que encontramos es una multiplicidad de ciencias autónomas e independientes, cada una con un

objeto de estudio y un método de investigación, respectivamente.

El pretender unificar el método científico en uno solo, como pretendieron el naturalismo, luego Descartes, con su matematización de la ciencia, y, posteriormente, el positivismo cientificista, ha sido solo un proyecto fallido, porque, como dice Melendo, (2004): «Lo determinante en cualquier adquisición cognoscitiva es la calidad de lo que nuestra inteligencia aprende y no la perfección con que lo capta». Otros pensadores que nos ilustran son Alvira y otros (1993), que afirman: «El cientificismo y la metodología empírica nos han legado como herencia una ceguera de la mente para todo lo que supera el mundo visible y verificable».

En este sentido, por ejemplo, la filosofía no usa el método experimental, tampoco el método matemático, el sociológico o el histórico; usa el método filosófico, que es fenomenológico, argumentativo racional, demostrativo y especulativo. Solo hace uso de la razón para llegar y demostrar la verdad filosófica. No solo llega a unas conclusiones por demostración a partir de unos principios, sino que estudia también los principios primeros de todo el conocimiento. Bajo este enfoque, gracias a las ciencias, tenemos siempre a la mano verdades científicas que nos aportan la filosofía, la historia, las matemáticas, la teología, la astronomía, la física, la química, la genética, etc. La persona de criterio siempre tendrá que preguntar al experto, al que maneja la ciencia.

Es bueno aclarar que muchos de nuestros conocimientos no son científicos: el conocimiento del temblor, el conocimiento de las fases lunares, de la caída de los cuerpos, el pescador que conoce los secretos de los mares, etc., por ejemplo, son solo conocimientos de hechos, conocimientos ordinarios, no científicos. Pero podemos afirmar que quien conoce las fases de la luna en función de los movimientos de la Tierra y su satélite, la caída de los cuerpos por su gravedad, etc., también conoce las cosas por sus causas y, por consiguiente, decimos que dicha persona posee conocimientos científicos. Sin embargo, este conocimiento es obtenido por causas netamente

próximas o inmediatas que no rebasan el contexto físico y es propio de las ciencias particulares. La filosofía, por ejemplo, es ante todo conocimiento por las causas últimas, esto es, por causas más profundas que superan el plano físico trascendiendo hasta el plano metafísico en busca de explicaciones plausibles a las grandes interrogantes sobre Dios, el hombre y el mundo.

A la hora de hacer ciencia es muy importante tener claras estas precisiones, ya que a menudo, en la práctica, los investigadores discuten entre sí, pues creen que unos poseen más científicidad que otros. Para ello, basta recordar lo que nos dice Aristóteles, un investigador antiguo dedicado a la ciencia metafísica: «A pesar de ser muy poco lo que podemos alcanzar de las realidades incorruptibles, sin embargo, en virtud de la nobleza de tal conocimiento, nos produce más alegría que el de todo cuanto nos rodea; igual que una visión, incluso parcial y fugitiva de la persona amada, nos resulta más dulce que el conocimiento exacto de tantas otras cosas, por más que estas se muestren importantes» (De Anima I, 644,25 ss.). Siguiendo esta línea, otro investigador del medioevo, continuador de Aristóteles en la investigación metafísica dice: «El más insignificante conocimiento que uno puede lograr sobre las cosas más elevadas y sublimes es más digno de ser deseado que el saber más cierto de las cosas inferiores» (Suma Teológica I. q. 1. a. 5. ad).

## A manera de conclusión

Como vemos, sería un error buscar en todas las ciencias el mismo nivel de rigor. Para las ciencias experimentales, por ejemplo, lo que no admite ser «bien» sabido, entendiendo por buen conocimiento el susceptible de comprobación lógico-experimental estricto, sencillamente no puede conocerse, queda fuera de su campo de interés. A la filosofía, en cambio, le preocupa más conocer la totalidad de lo que está indagado que conocerla con precisión. La indagación del filósofo no es homogénea. Este no reclama el mismo tipo de exactitud ni de certeza para todo lo que estudia, sino que adapta sus exigencias a las realidades con

las que en cada ocasión está tratando. Sabe, por ejemplo, que nada de lo específicamente relativo a las dimensiones espirituales del ser humano – su alma, su libertad, su capacidad de comprensión, de amor y de entrega– pueden medirse y fijarse en términos cuantitativos ni es susceptible de una comprobación experimental a través de los sentidos. Pero, precisamente, como son esas realidades las que más le interesan, en lugar de rechazar aquello que no le resulta captable por la vía positivo– matemática, admiten otras maneras válidas de saber, dotadas asimismo de auténtico alcance veritativo. En este sentido, razón tenía Heidegger al afirmar: «Todas las ciencias del espíritu, y aun todas las ciencias de lo viviente, justo para permanecer rigurosas, tienen que ser por fuerza inexactas».

En síntesis, podemos concluir que lo determinante en cualquier adquisición cognoscitiva es la calidad de lo que nuestra inteligencia aprende y no la perfección con que la capta. Un precepto metodológico característico y definitorio de la filosofía más genuina es el de la primacía de lo sabido respecto al modo de saberlo, según Tomás Melendo (2004). Por su parte, Abelardo Lobato, citado por Melendo, señalaba que una abeja real tiene más peso ontológico que todas las teorías sobre las abejas. Savagnone, nos lo recuerda Melendo, consideraba que lo que cuenta, lo que siempre debe estar en la base de todos los procedimientos lógicos, es que se vea la realidad.

Dejemos, pues, que la realidad nos hable a través de la multiplicidad de ciencias. Después de todo, la verdad es única e inagotable.

## Bibliografía

Alvira, T y otros. (1993) *Metafísica*. Barcelona España. EUNSA.

Aristóteles. (2014). *Ética a Nicómaco*. España, Alianza Editorial.

Aristóteles. (2003). *Acerca del Alma*. España, GREDOS.

Llano, A. (2003). *Gnoseología*. Pamplona, EUNSA.

Melendo, T. (2004) *Introducción a la Filosofía*. EUNSA. Universidad de Navarra.

Russell. B. (1998) *Los problemas de la Filosofía*. España: Editorial Labor.